

# Entonces y ahora

ffmm

FÓRUM FEMINISTA  
MARÍA DE MAEZTU



Hace veinticinco años que se creó el Fórum Feminista María de Maeztu. Comían buenos tiempos para la igualdad, o eso creíamos nosotras entonces. En 1983 se había creado el Instituto de la Mujer, y en año 1988, gracias al impulso de algunas mujeres que luego crearon el Fórum, inició su andadura Emakunde. Por otra parte, en respuesta a las reivindicaciones feministas, tanto el gobierno central como las instituciones locales, provinciales y autonómicas habían puesto en marcha servicios específicos para las mujeres: atención a mujeres maltratadas, información sexual, ayuda psicológica, asesoramiento legal, subvenciones para las asociaciones de mujeres, etc.

En una coyuntura económica mejor que la actual, animadas por la experiencia de feministas de otros países que acudieron al II Congreso Mundial Vasco (1987) y por la creación de Emakunde, las mujeres del Fórum iniciamos un camino que sabíamos que sería largo, y en el que queríamos implicar, de una u otra forma, a mujeres y hombres que creen en la igualdad y que luchan por ella.

En aquella época el mundo era más pequeño para nosotras. Algunas no sabíamos dónde situar Afganistán en el mapa, y, por supuesto, desconocíamos quiénes eran los talibanes o lo que era el burka. Unos años después, sin embargo, el Fórum empezó a colaborar en proyectos de cooperación con mujeres afganas, proyectos que hoy en día continúan.

Aunque veníamos de una dictadura que durante cuarenta años había reforzado los roles tradicionales de las mujeres, en los años precedentes a la creación del Fórum ya se habían conseguido algunos avances: los anticonceptivos estaban despenalizados; existía el divorcio (aunque no en los términos que pretendía el movimiento feminista); teníamos una tímida ley de interrupción voluntaria del embarazo, y España se había sumado a las directivas europeas contra la discriminación de las mujeres; en educación, se había pasado de la escuela segregada por sexos a la escuela mixta; la participación de las mujeres en el mercado laboral iba en aumento, y empezaban a ponerse en marcha medidas contra la violencia machista. Parecía también que los medios de comunicación contribuían a esa marea a favor de la igualdad. Era, por tanto, una época para la ilusión.

Veinticinco años después, constatamos avances en el ámbito educativo, ya que las jóvenes de hoy tienen una formación académica y profesional como jamás han tenido las mujeres en este país. Por otra parte, la actual ley de divorcio es prácticamente como la que en su día propuso el movimiento feminista y también la de interrupción voluntaria del embarazo (aunque no sabemos por cuánto tiempo). Además, tenemos leyes de igualdad y contra la violencia de género, y esos han sido grandes logros, así como la ley del matrimonio homosexual. Pero la cuenta del debe es muy larga y los retrocesos son evidentes.

El actual modelo de enseñanza está muy lejos de educar en igualdad; las jóvenes tienen pocas oportunidades para acceder a un puesto de trabajo, y, cuando acceden, tienen menos opciones que los varones para desarrollar su carrera profesional; la discriminación salarial entre hombres y mujeres sigue existiendo, y la violencia machista permanece, si es que no va en aumento. Aunque hay hombres que comparten las responsabilidades domésticas y familiares, la corresponsabilidad no avanza al ritmo que la mayoría de las mujeres deseamos, y los recortes en la ley de dependencia vuelven a condenar a las mujeres a reproducir su rol de cuidadoras.

Si en los años 90 hubo tímidos avances en cuanto a la participación política de las mujeres, actualmente tanto el poder político como el económico siguen estando mayoritariamente en manos de los varones. La pobreza, por su parte, tiene nombre de mujer. Por lo que se refiere a los medios de comunicación, la mayoría de ellos invisibilizan los mensajes relativos a la igualdad y refuerzan los roles tradicionales, mostrando a las mujeres como objetos sexuales y reclamos publicitarios. Los ideales de belleza nunca han ocupado tantas páginas de periódicos y revistas, así como en los programas de televisión. Por otra parte, las enfermedades vinculadas a trastornos alimentarios (anorexia, bulimia, etc.) van en aumento entre las jóvenes. Todo esto por lo que respecta a nuestro entorno más próximo.

Pero la situación de las mujeres en países como India, Pakistán, Afganistán o Irán, por poner unos ejemplos, es aún peor que la nuestra. Allí, las mujeres son quemadas, apaleadas, lapidadas y condenadas a muerte por defender sus derechos. Sabemos también que mujeres mexicanas, guatemaltecas y de otros países del entorno están siendo sistemáticamente violadas y asesinadas, y en otras partes del mundo muchas mujeres son secuestradas para ejercer la prostitución. Las primaveras árabes, que anunciaban ciertas cotas de igualdad y libertad para las mujeres, no están respondiendo a las expectativas creadas. Aunque en todos esos países las mujeres están luchando por sus derechos y contra la violencia que se ejerce contra ellas, aún falta mucho para que las leyes y la sociedad amparen a las mujeres, y mucho más para que los culpables paguen por sus delitos.

En 1990, el Premio Nobel de la Paz Amartya Sen hablaba de **las mujeres que faltan**. Según sus cálculos, en el mundo “faltaban” 100 millones de mujeres por culpa de los abortos selectivos, el infanticidio, la desnutrición, la violencia de género, etc. Gente experta en el tema calcula que hoy esa cifra se ha elevado a 160 millones, y es que las expectativas que se crearon en la década de los 90 se han truncado en las décadas posteriores.

En 1995, la Conferencia de Pekín supuso para muchas de nosotras un soplo de aire fresco, porque, por primera vez en la historia de la conferencia, las reflexiones y las propuestas de las feministas coincidían, en gran medida, con las de los países de la ONU. En cambio hoy, cuando han pasado casi veinte años, comprobamos que los gobiernos no han cumplido sus promesas y que se ha retrocedido en muchos aspectos.

Pero no todo es discriminación, muerte y violencia contra las mujeres. Afortunadamente, tenemos ejemplos en el norte de Europa (Suecia, Noruega, Finlandia, Dinamarca, Islandia...) que invitan a la esperanza. Esos países, aunque tampoco están libres de discriminación, siguen estando a la cabeza de la igualdad. Además, hemos comprobado en ellos que una mayor equidad, una mayor corresponsabilidad entre mujeres y hombres, unos mejores servicios sociales y una sociedad con más derechos pueden ser rentables para la economía de un país. Aunque la igualdad no debe medirse por su rentabilidad económica, ya que es un tema de justicia social, se ha demostrado que contribuye al bienestar de la ciudadanía. Siempre se ha dicho que los tiempos de crisis son malos para avanzar en la igualdad, que las políticas de impulso se desarrollan sobre todo en épocas de bonanza económica. Así ha sido históricamente, pero no podemos consentir que siga ocurriendo, como si la igualdad fuera algo superfluo y no un elemento fundamental de las sociedades democráticas.

